

huérfanos á los que más amaba en el mundo, dijo alternativamente á María y á Juan: «Mujer, hé ahí tu hijo. Discípulo, hé ahí tu Madre.» Desde entónces María fué dada por Madre á todos los hombres, y éstos á ella por hijos. Ella nos adoptó en medio de sus lágrimas, y bien hubiera querido ocupar mil veces el lugar de Jesús, si una víctima humana pudiera satisfacer la justicia divina. Los tormentos que allí sufrió merecen muy bien que se la dé el título de Reina de los mártires; y gracias á aquel grande infortunio, la tenemos por Madre nuestra que nunca nos olvidará. Desde aquel día, todos los fieles han tenido hacia ella un afecto verdaderamente filial y una confianza tan completa como puede ser la de un niño, extendiéndose por todo el orbe católico el sentimiento universal, unánime y profundo de la dulce y santa devoción á María. El protestantismo, extraño á las necesidades de nuestro corazón, nada comprende de nuestro culto ni de nuestra devoción á la Santísima Virgen. No obstante, entre nosotros tiene, bajo diferentes advocaciones, uno ó más altares en cada templo, y allí es donde van á rogar diariamente las almas piadosas, las almas que sufren, las que luchan y hasta las que han pecado, porque allí experimentan indecibles emociones al repetir esta dulce plegaria: «Consuelo de los afligidos, refugio de los pecadores, salud de los enfermos, auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.» Ya que tenemos, H. M., una Madre en el Cielo, invoquémosla con entera confianza, sobre todo en los instantes de amargura ó de debilidad; la Madre de misericordia acude con preferencia á los que gimen y lloran en este valle de lágrimas. ¿Quién de nosotros dejará de llevar su corazón á los pies de Jesús? ¿Quién no tendrá algún sacrificio que ofrecerle, alguna pasión que vencer, algún afecto que purificar? ¡Oh madres cristianas! Llevad al Señor vuestros amados hijos; y vosotros, hijos cristianos, consagrale la flor de vuestra vida; vosotros todos ¡oh jóvenes! combatid bajo la salvaguardia omnipotente de quien supo triunfar del infierno; y vosotros también, pecadores, llevad á Jesucristo, con entera confianza, los amortiguados restos de vuestra extinguida virtud, que El los reanimará. Si son indignos del Señor nuestros holocaustos, hacedlos vos agradables á sus ojos ¡oh Rosa mística! y después de nuestro destierro mostradnos á Jesús ¡oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María, Madre y Señora nuestra! *O clemens, o pia, o dulcis Virgo María!* Amén.

MERMILLOT (A. de Ginebra.)

DISCURSO

PARA EL DÍA 31 DE MAYO.

PERSEVERANCIA EN LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES DE MARÍA.

PLAN.

PUNTO PRIMERO. — Perseverancia en la práctica de las virtudes de María.

SUBDIVISIONES. — 1. Pureza. — 2. Caridad. — 3. Humildad. — 4. Presencia de Dios y vida interior.

PUNTO SEGUNDO. — Medios para perseverar en estas virtudes y en el culto de María.

SUBDIVISIONES. — 1. Primer medio. — 2. Segundo medio. — 3. Tercer medio. — 4. Cuarto medio.

Laudatio ejus manet in seculum seculi.
Los loores del Señor se perpetuarán por los siglos de los siglos.

(Ps., cx, 10.)

EN los discursos que se han pronunciado en este santo templo durante el mes de María, todos los predicadores han puesto grande esmero en exponer detalladamente los principales misterios de la vida de María Santísima, Nuestra Señora y Madre de Jesucristo. Dulce cosa es para mí pensar que habéis bendecido mil veces al Dios de las virtudes con ocasión de las pláticas que tan atentamente escuchasteis, y de los devotos ejercicios que con tanta asiduidad habéis practicado; que habéis bendecido á Dios, decía, porque previno con la nativa santidad á esta Real Hija de David, y porque la coronó desde su Concepción con la auréola de los Angeles. Al poner hoy término á la serie, no larga, de nuestras piadosas instrucciones en honor y gloria de la inmaculada Virgen, sólo me resta exhortaros, A. H. M., á que no inutilicéis la divina gracia que se os ha comunicado por la mediación de María Santísima, sino que la hagáis fructificar en vuestra alma, perseverando en la constante imitación de las sublimes virtudes de nuestra Santísima Madre, principalmente: 1.º Su pureza. 2.º Su caridad. 3.º Su humildad. 4.º Su gusto por la vida interior.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

PERSEVERANCIA EN LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES DE MARÍA.

«Llena eres de gracia,» dijo á María el Arcángel Gabriel cuando bajó del Cielo para saludarla como bendita entre todas las mujeres, ¡Cuán grande es el sentido que encierran estas pocas palabras! «El Verbo encarnado, dice el Evangelista, era también lleno de gracia y de verdad.» ¿A quién no admira esta semejanza? Me guardaré bien de poner á María en parangón con el Verbo eterno, fuente y origen de toda santidad; pero me creo con derecho á deducir de tal semejanza, que María Santísima poseyó un cúmulo de gracia de que no participó jamás ninguna humana criatura, ni áun los mismos Angeles. Sí, H. M.; confesemos en alta voz, sin miedo de equivocarnos, puesto que es hoy un dogma incontrovertible, que María fué siempre pura, exenta siempre del pecado. La razón misma nos dice que Dios Padre no habría podido consentir en que la Virgen escogida fuese ni por un solo instante triste objeto de la aversión celeste. La razón misma nos dice que Jesucristo, Hijo de Dios, no habría podido sufrir en su Madre la más leve mancha, porque éso babría sido como consentir el habitar en el seno contaminado, siquier hubiese sido por un día, con la presencia del inmundo espíritu. Nó, A. H. M., de ningún modo. La infinita santidad de nuestro Divino Salvador exigió que la Virgen de quien había de nacer fuese más pura que los Angeles, los cuales no aparecen completamente puros á los ojos de la Divinidad: *Tota pulchra es.*

¡Ay de mí! Nosotros, H. M., vivimos sujetos á la ley del pecado, ley tiránica, ley funesta, que tan frecuentemente nos hace experimentar sus crueles rigores, y que subyuga nuestro corazón bajo el imperio de las pasiones más terribles. Pero María Santísima fué separada del resto de los pecadores por un efecto particular de la predestinación divina, á la manera que la familia de Noé fué preservada del furor de las aguas en los días del diluvio universal.

¡Oh Purísima María! ¡Cuánta debió ser vuestra limpieza para poder llevar en vuestras entrañas y alimentar con vuestra propia sangre al Verbo Divino! Si Juan Bautista, santificado solamente con su presencia, manifestó en su vida tantas y tan heróicas virtudes, ¡cuál debió ser vuestra santidad, privilegiada Virgen!

Algunos herejes, demasiado lo sé, han dudado de la virtud de la pureza más que angelical de María, criticando á los Doctores que propusieron á la piadosa creencia de los fieles su nativa santidad, fundándose en que está escrito que todos los hombres son herederos del pecado de nuestro primer padre. ¡Oh! exclama á este propósito el sabio Bossuet. Pues qué, ¿hay algún torrente, por impetuoso que sea,

cuyo precipitado curso no pueda detener el poder de Dios? Pues qué, añade, ¿hay alguna ley tan absolutamente general á la que la soberanía del Altísimo no pueda poner excepción? Y porque la ley se limite en un solo caso, ¿dejará por eso de ser universal? Así es, dice confirmando esta opinión el célebre Doctor de Africa San Agustín, oráculo de la Iglesia en el siglo V: «Nuestra intención es exceptuar á María Santísima siempre que hablamos del pecado común á todos los hombres.»

No tengo necesidad de multiplicar los testimonios de Santos Padres, puesto que la Iglesia católica, conforme con la decisión del Concilio general de Trento, enseña que María Santísima, Virgen privilegiada, estuvo siempre exenta hasta de pecado venial. Sigamos á María, A. H., notando los pormenores de su vida, y veremos cómo respondió á la señalada gracia con que la previno Dios en el misterio de su Concepción inmaculada.

Apenas su entendimiento pudo concebir alguna idea de las infinitas perfecciones de su Dios; apenas el discernimiento alumbró su alma con algunos débiles rayos de luz, cuando á toda prisa se dirige al Templo de Jerusalén para consagrar allí su virginidad al Criador.

Desde su edad más tierna renuncia á todas las diversiones, á las locas alegrías del mundo, para dedicarse enteramente al servicio del altar, acogiéndose á la sombra del Santuario, donde vivió en la más perfecta soledad, temiendo que su pureza é inocencia recibiesen algún daño en medio de la corrupción del mundo.

Reservado estaba á María enarbolar el estandarte de la virginidad, bajo el que tantas otras vírgenes vinieron luego á alistarse en el transcurso de los siglos. ¡Oh vosotras, vírgenes santas, que tenéis la ventura de acompañar por todas partes al Cordero sin mancha en la celestial Jerusalén, gozad de la dicha que merecisteis siguiendo las huellas de María, y conservando, como la Santísima Virgen, vuestro corazón puesto en Dios, libre de todo contagio y de toda impureza. Porque María, aunque más pura que la luz del sol, y sin motivo para temer el emponzoñado aliento de Satanás, vivió, como observa San Jerónimo, en continuo recelo de que se marchitase en su alma la virtud de la pureza. Aunque confirmada en gracia, desconfía siempre de sus propias fuerzas.

De aquí el que la ocupación diaria de Nuestra Señora fuese la oración; de aquí el que mortificase su cuerpo con la penitencia; de aquí, en fin, el que viviese continuamente en la presencia de Dios. Nó, no la encontró el Arcángel Gabriel en medio del tumulto mundanal ni en concurrencias profanas, cuando vino á hacerla saber la grande obra que Dios quería ejecutar en ella. Orando, por el contrario, estaba, observa San Ambrosio, y en meditación tan profunda que sólo el Angel fué capaz de hacerla suspender tan piadoso ejercicio.

Suspender he dicho, pero no con toda propiedad, A. H.; porque María Santísima se turbó á la vista del Embajador Celestial, sin duda porque le vió bajo la forma de un hermoso joven.

Las lisonjeras frases que dirigió á la tímida Virgen acrecentaron su recelo, no ignorando que las alabanzas son, de ordinario, la introducción por donde los seductores empiezan sus ataques á la virtud. Por eso la Santísima Virgen se recogió dentro de sí misma, é invocó las luces celestiales antes de responder á la salutación misteriosa.

El Angel Gabriel puso término á la agitación interna de María: «No temas, la dijo, has hallado gracia delante de Dios, y darás á luz un hijo á quien pondrás el nombre de Jesús; un hijo que será el propio Hijo del Altísimo, que poseerá el trono de David, y que reinará eternamente en la casa de Jacob.»

¡Qué prueba ésta para la Virgen Purísima! ¡Cuánta humildad la era necesaria, siente San Agustín, para no dejarse deslumbrar por tan magníficas promesas! Sin embargo, María no piensa sinó en el voto que tenía hecho, tan resuelta á no quebrantarlo, que ni las palabras mismas del Arcángel tuvieron bastante poder para ponerla en la indecisión.

La Virgen María, dicen San Gregorio Niseno y San Jerónimo, habría preferido ser Esposa de Dios según el Espíritu, permaneciendo Virgen, que ser Madre suya con menoscabo de su integridad. Intimamente persuadida de que nada es imposible para Dios, preguntó al Angel, cómo podría conciliarse su voto de virginidad con la cualidad de Madre: *Quoniam virum non cognosco*, rogándole con voz conmovida que la explicara este misterio: *Virum non cognosco*.

San Gabriel satisfizo la pregunta de la Virgen, diciendo: «El Espíritu Santo os rodeará de su sombra, en cuya virtud seréis Madre, sin lesión de vuestra virginal pureza: *Ecce concipies et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum*».

A estas palabras cedió María, conformándose con la voluntad de Dios, sin empeñarse en sondear con curiosidad indiscreta los divinos arcanos: Hé aquí, dijo, la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra: *Fiat mihi secundum verbum tuum*.

¡Cómo confunde, H. M., la conducta de la Santísima Virgen á la que observan los cristianos de este siglo! Instruyámonos, al menos, con el ejemplo de María. Esta Señora había sido preservada del pecado original en términos, que no experimentaba ninguna de sus tristes consecuencias, y sin embargo, temía exponer por su culpa el tesoro de la gracia que la estaba confiado, mientras nosotros á quienes el pecado del primer hombre domina con toda su malignidad, nos dejamos arrastrar con indolencia, del ímpetu de nuestras pasiones. ¡Cuánta debilidad! ¡Cuán lamentables extravíos los de nuestro corazón! ¡Esclavizados por la triple concupiscencia que tan amargamente hacía gemir al Apóstol San Pablo, no queremos precavernos contra los peligros que por todas partes nos amenazan. Dejamos que las costumbres pecaminosas se enseñoreen de nosotros, mientras quemamos incienso ante los ídolos que deberíamos destruir en nuestro corazón.

Sí, A. H. M., los que deseáis tener participación en las gracias de que María fué colmada, tenéis necesidad de huir las ocasiones del

pecado; os es indispensable romper, sin miramiento alguno, los lazos sobrado estrechos, aunque al parecer suaves, que os ligan á las criaturas, con detrimento del servicio de Dios; tenéis precisión de evitar los espectáculos profanos donde la virtud más asegurada se debilita, y más ó menos tarde sucumbe; es necesario alimentar, como María nuestra Señora, el espíritu de piedad, de oración, de sacrificio voluntario de todo bien terreno, de obediencia á la Ley; no podéis menos de renunciar al comercio del mundo, donde se ridiculiza la devoción, se blasfema de Dios y donde el libertinaje y la licencia, de que se hace gala, son capaces de corromper las más puras costumbres.

María Santísima no nos ha dado solamente ejemplos de la pureza que todo cristiano debe conservar cuidadosamente en su corazón, sinó que los ha dado también de la caridad con el prójimo, que debe animarles. María Santísima, en efecto, tuvo un alma sensible, compasiva y generosa.

El corazón de María, foco inextinguible de amor, palpitaba incessantemente conmovido á vista de los padecimientos. El Espíritu Santo que habitaba en él, alimentaba de continuo el fuego de la más pura caridad. A María pudieran dirigirse sin contradicción aquellas palabras de los Cantares: Eres Esposa del Amor hermoso: *Tu es sponsa pulchræ dilectionis*.

El corazón de María no estaba repartido entre el Cielo y el mundo, sinó consagrado á Dios y al prójimo por entero. No ignorando que la caridad, alma y vínculo de todas las virtudes, hace que éstas merezcan la vida eterna, puso el mayor esmero así como en sobrepujar á toda humana criatura en pureza, así también en exceder á todas ellas en caridad.

¿Quién, en efecto, amó á Dios y al prójimo como María? Amó á Dios de todo corazón, pudiendo decir con plena confianza lo que el Real Profeta David: «Vos, Señor, sois mi única herencia.» Amó como nadie á Jesús, y como nadie dió pruebas positivas de este amor, amando hasta á aquellos que su Hijo amaba más particularmente. Jamás hubo persona que mostrase mayor fidelidad en la observancia de la Ley, mayor abnegación en el servicio divino, mayor conformidad con la voluntad de Dios, mayor paciencia en los trabajos, más fervor y constancia en la oración, mayor longanimidad en sufrir las flaquezas del prójimo. Su caridad con éste nunca se desmintió, porque María no fué insensible á ninguna miseria, socorriendo con largueza al indigente y consolando al afligido. Toda su vida, en una palabra, no fué otra cosa que un ejercicio constante de la caridad. Sólo María Santísima, entre las puras criaturas, fué digna de decir con absoluta seguridad á Dios: «Cumplo, Señor, vuestros mandamientos, amándoos á Vos y á mi prójimo de todo corazón, y con todas mis fuerzas. Diríase que, temiendo que el mundo la obligase á desatender la caridad, resolvió obligarse con voto á permanecer siempre virgen, despidiéndose eternamente de las distracciones mundanales.

¡Oh castísima María! El amor impuro de las criaturas no empañó

jamás la inocencia de vuestro corazón, consagrado desde el primer instante de vuestra existencia á Dios únicamente. Por eso vuestra caridad no tiene semejante sinó en la de los Querubines y Espíritus seráficos.

No extrañéis, H. M., la poca afluencia con que me explico al hablar de la caridad de María Santísima. No encuentro en el lenguaje ordinario palabras bastante propias para darla á conocer. Y aunque las hallara, ¿podría conseguir sin amar á Dios y al prójimo como la Santísima Virgen, presentar á vuestra vista con todo su brillo la ardiente llama que ardía en su corazón? Angeles del Cielo, vosotros que os abrasáis en el amor divino al pié del trono del Excelso, suplid la impotencia del lenguaje humano para celebrar como se merece la caridad de vuestra Reina y Señora nuestra. Espíritu Santo, purificad mis labios con sagrado fuego, como purificasteis los del Profeta Isaías, á fin de que pueda hablar como conviene de la caridad que santificó todas las acciones de la incomparable Virgen.

A falta del celestial auxilio que demando, me limitaré á recordaros, H. M., la maternal solicitud con que María cuidaba de Jesús, cuando lo dió al mundo. Sin cesar le estrechaba contra su corazón y le acariciaba en su regazo, velando por El día y noche. Cuando el cruel Herodes determinó quitar la vida al Rey de Cielos y tierra, evitó la cariñosa Madre que su Hijo fuese envuelto en la matanza general trasladándolo á Egipto, á costa de un penosísimo viaje.

Pero, ¿podía hacer menos por Jesús quien tenía constantemente puestos en El los ojos? La Escritura Sagrada, con su elocuente sencillez, pinta exactamente el amor de María Santísima á Jesucristo, cuando dice, que la Madre conservaba en su corazón todas las palabras de su Hijo: *Et Mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo.*

Y no es ésto sólo. Como en la adversidad y en la desgracia es cuando el amor sincero se manifiesta más, el de María Santísima brilló extraordinariamente en las difíciles pruebas. La Madre, en efecto, no se separó del Hijo durante las persecuciones que tuvo que sufrir de parte del cruel pagano y del carnal judío; el Corazón de María fué atravesado con una espada de dolor en el instante que tuvo conocimiento del género de muerte con que había de realizar Jesús la salvación del mundo: mas no por eso dejó de seguir la ensangrentada huella de su Hijo hasta el monte Calvario, no apartándose de El sinó después de haber presenciado su agonía, y de dejarle depositado en el sepulcro. ¡Oh caridad heróica! ¡Oh amor que sobrepuja á la muerte en fortaleza!

Cuando la Santísima Virgen tuvo que separarse definitivamente de su amado Hijo que subía al Cielo, quedó sumergida en un mar de aflicción. Gimiendo dolorosamente, se quejaba de que se prolongase su peregrinación en la tierra. ¿Era por ventura falta de resignación aquel continuo sollozar pidiendo con instancia que la muerte pusiera fin á su destierro? Nó; era amor, era deseo de reunirse con el Hijo de quien se veía materialmente separada. Y tanto era amor, que única-

mente él, y no dolencia alguna, fué el que cortó los lazos que ligaban á María deteniéndola en el mundo. La Virgen vivió, pues, en la soledad en que quedó durante la ausencia de su Divino Hijo, siendo modelo de amorosa resignación, y murió siendo ejemplar de amor el más perfecto.

¡Ay, H. M.! ¡Qué contraste tan singular forman la caridad de María y la de los cristianos actuales! También éstos aman con pasión, ¿pero á quién aman? A las criaturas y no á Dios. ¿Qué aman? Los placeres, en los cuales encuentra su alma una segura muerte. Aman el oro, á quien adoran poniéndolo en lugar de Dios. En vez de estar dominados por la caridad cristiana, son esclavos del egoísmo que comprime en ellos todo movimiento de compasión.

¡Oh monstruosa indiferencia! ¡Oh depravación de costumbres! ¡Oh tiempo de escándalos y de ruina! ¡Oh siglo vergonzoso en que la fe parece extinguirse! La caridad, la virtud por excelencia, es practicada solamente por un número reducido de cristianos. ¿Sois vosotros, H. M., de ese número? Entrad dentro de vosotros mismos, y medid los quilates de vuestra caridad. ¿La encontráis de buena ley? ¿Pedís á lo menos á Dios que os la acreciente? ¿No os exponéis, por el contrario, cada momento á perderla? ¡Ah! ¡Cuántas veces la habréis sacrificado para obtener alguna mundanal ventaja! De cualquier modo que sea, los pecados que tan fácilmente cometemos nos dan á conocer toda nuestra miseria y nuestra gran debilidad; debilidad y miseria, que deberíamos corregir por medio de la caridad, y que, sin embargo, no corregimos, confiando en otras obras no fundadas en la caridad. ¿Y qué debemos deducir de ésto? Que no tememos la divina justicia. De seguro obraríamos diversamente, si estuviésemos bien persuadidos de que la gracia es prenda del amor de Dios, participación de su espíritu, y llave que ha de abrirnos las puertas del Cielo. De diferente manera nos conduciríamos si nuestra fe fuese más viva, si nuestra esperanza fuera más sólida, si nuestra caridad estuviera más encendida, si nuestro temor, en fin, á condenarnos fuera más grande y eficaz.

La tercera virtud que atrajo particularmente las bendiciones de Dios sobre María, fué la humildad.

Convencida la piadosa Virgen con la lectura de los libros santos, de que esta virtud es el fundamento y guarda de la caridad y de la pureza, se precavió contra el orgullo. Ni la nobleza de su alcurnia, ni su elevación á la altísima dignidad de Madre de Dios, ni las gracias exteriores que el Cielo había derramado en ella, fueron bastante poderosas para enorgullecer su corazón, inspirándole sentimientos de altanería. Y en verdad que en nadie habrían parecido más disculpables, porque por modesta que fuese la posición social de la hija de Joaquín y Ana, descendía, sin embargo, de las familias ilustres del Antiguo Testamento, cuyos cabezas, á la augusta cualidad de príncipes añadían el honor del sacerdocio, siendo de los que perpetuaron por espacio de muchos siglos el culto del verdadero Dios entre los